

ya que aún no contamos con suficientes acervos documentales y apenas comienzan los estudios que tienen una mirada antropológica hacia las comunidades indígenas de la época liberal. De modo que éste es un tema que aún está pendiente en la agenda de la historiografía de los pueblos indios del siglo XIX.

Leticia Reina

*Instituto Nacional de Antropología e Historia*

MARÍA DE LOS ÁNGELES RODRÍGUEZ ÁLVAREZ (coord.) *Escenarios, actores y procesos. La educación en Colima durante el siglo XIX y primeras décadas del XX*, Colima, Universidad de Colima, 2007, 341 pp. ISBN 970-692-288-1

El epígrafe de este libro sobre la educación en Colima no podría llevar palabras más adecuadas que las de Gregorio Torres Quintero, el famoso maestro salido de tierras colimenses. Él, que tuvo la oportunidad de viajar y conocer distintos lares, recordaba a los compatriotas de su patria chica que hay otros horizontes, culturas y maneras de ver la vida. Hizo un llamado no solamente a instruirse, sino a la tolerancia, a la comprensión de lo que está más allá del entorno inmediato, de lo familiar, de lo que se concebía como la Verdad, pero que no es más que una verdad pequeña, relativa, con v minúscula.

En cierto sentido, esto es la esencia de la educación. El libro de María de los Ángeles Rodríguez Álvarez borda sobre los medios para lograr esa apertura, esa curiosidad intelectual que algunos —no todos— buscan inculcar en la generación siguiente. ¿Cómo enseñar, qué enseñar, a quiénes, por quiénes y con qué recursos? Son los temas ineludibles de cualquier libro sobre la historia de la educación. Lo que eleva este estudio por encima de las historias

generales es el tino con el cual los autores —en casos de libros colectivos como el presente— comprenden y comunican lo particular de cada región y momento histórico. La frase “escenarios, actores y procesos”, una manera elegante de enumerar los temas obligatorios, hace sentido únicamente si éstos son de carne y hueso, si corresponden al entorno, si explican los vericuetos, los éxitos y los fracasos del afán por transmitir a los niños las habilidades, valores y conocimientos que son la trinidad sagrada de la escuela.

En su prólogo, Luz Elena Galván da cuenta de los aciertos de este libro. De la importancia de la historia regional, de cómo, en Colima y en muchas otras partes, importaba más la educación de los niños que de las niñas, que terminaron por aprovechar, en mayor medida, las pocas oportunidades abiertas a ellas. De cómo las “penosas condiciones” de las escuelas en Colima se fueron mejorando y, finalmente, de cómo se han ampliado, en los últimos años, los estudios de la historia de la educación en los estados de la República.

Éste es un libro de estructura cronológica, así que es natural que empiece por la educación a principios de la época independiente. No hay mucho que decir de los primeros años cuando Colima perteneció a Jalisco, se hizo territorio, fue agregado a Michoacán y regresó a ser territorio, en un largo deambular por la geografía política antes de convertirse en estado en 1857. La inestabilidad no ayudó, desde luego, a consolidar un sistema educativo; sin embargo, la tradición educativa de la zona, donde por lo menos algunos jóvenes recibieron clases desde el siglo xvi, no dejó de recordar a los pobladores la necesidad de contratar un maestro, conseguir libros y tratar de mantenerse en contacto con la cultura libresca occidental. Sobre todo en el siglo xviii, hubo también esfuerzos por castellanizar a los indígenas. Esto, más asegurar su conocimiento de la doctrina cristiana a mulatos, mestizos, indígenas y criollos, constituyó el meollo del interés educativo de la corona y de la Iglesia.

Las escuelas municipales, manejadas y costeadas por los ayuntamientos, se crearon legalmente desde las Ordenanzas de Intendentes de 1786. Supuestamente remplazaron a las escuelas de primeras letras de los jesuitas, expulsados de la Nueva España en 1767. En Colima las escuelas municipales aparecieron en el siglo XIX. Hay noticias de una en 1804, seguida de las lancasterianas en las décadas de 1820-1830. Llama la atención el limitado número de escuelas para una población de entre 40 000 y 45 000 habitantes. Sospechamos que hubo muchas en pequeñas localidades que habrían sido efímeras y no quedaron registradas, pero no hay manera de negar que la mayor parte de la juventud careció de acceso a la educación formal. La cobertura de la escolaridad no sólo era limitada, sino en muchos casos, deficiente.

Esto no significa que la gente no supiera leer ni escribir, ya que se podía aprender en casa, por sí solo o bajo la guía de un pariente, amigo o clérigo.

Este libro rastrea los esfuerzos hechos en la ciudad de Colima, en villas y pueblos del estado, por juntar fondos para pagar a un maestro e instalarlo en donde se pudiera, fuera una casa destaralada, la presidencia municipal o una sala de la parroquia. Se cobraban impuestos sobre la sal o la lana y se asignaba un porcentaje de los ingresos de las aduanas o del presupuesto municipal para sostener a la escuela. Con el mismo fin, de vez en cuando se dejaba un legado en un testamento, cuyo valor con frecuencia se perdía por desidia, conflictos bélicos o falta de reinversión. El último recurso siempre fueron los padres de familia. De sus bolsillos salió el subsidio para completar el sueldo del maestro, fuera pública o privada la escuela. En este último caso, los padres de familia cubrían todos los gastos; en el primero, el ayuntamiento, mediante los impuestos o algún benefactor (algunas veces el cura), agregaba algunos pesos para evitar el cierre de la escuela. Muchas escuelas no sesionaban todo el año, pues las lluvias obligaban a emigrar a otras latitudes. Otras abandonaban sus labores docentes por la

enfermedad del maestro o de un familiar, por no poder pagar los sueldos, porque el maestro no podía sobrevivir con lo que cobraba y encontraba una oportunidad mejor en otro lugar.

De especial interés en el libro reseñado son las biografías de las maestras colimenses. Tenemos pocas historias de ellas, sobre todo de las mujeres que incursionaron en las profesiones en esa época; sus vidas se caracterizan por un tono trágico y parecen haber padecido tanto la soledad como la pobreza. Es difícil afirmar que realmente fueron infelices, ya que el romanticismo de la época obligaba a dibujar la existencia con colores sombríos, mucho más respetables. Era imposible confesar que uno lo pasaba bien. Ninguna mujer decente podía haber dicho eso. Al contrario, se subrayaba la tristeza: “mi cabeza empieza a tomar ya la decoloración que emblanquece la cabeza de los viejos [...] vengo a depositar mis penas sobre el tibio pecho que abrasa con su aliento cariñoso y consuela con sus sabios consejos llenos de caridad y amor [...]”, decía la maestra Juana Ursúa, durante una velada literaria en su honor. Lo melodramático era parte de la retórica.

En cambio, fue realmente dramática y trágica, sin asomo de teatralidad, la vida de Ana Amalia Schacht. Descendiente de una familia alemana acomodada, sobresalió como cantante y maestra de música. Dos veces casada con médicos y dos veces viuda, madre de una única hija que murió, como su padre, en la epidemia de tifo de 1883, terminó sin dinero en Argentina. Después de un penoso viaje de regreso a su natal Colima, ingresó como monja en la Congregación de Hermanas de los Pobres y se dedicó a la enseñanza. Un quinqué cayó sobre su hábito durante las oraciones nocturnas y murió tras cinco días de agonía producida por extensas y profundas quemaduras. Su vida trascurrió en muchos entornos y bajo condiciones muy diversas: una familia extranjera bien relacionada y exitosa que perdió su fábrica, casa y tierras; casada y madre de familia que terminó sola; viajera abandonada a su suerte en países lejanos, religiosa y finalmente sujeta a una

muerte atroz. Se le recuerda por su contribución a la educación católica en Colima.

Impresiona cómo estas mujeres se trasladaban de un sitio a otro, trabajando en Colima, en Jalisco, en la ciudad de México, en Puebla, en el extranjero, de regreso a Colima. También llama la atención la variedad de cursos que impartían. Juana Ursúa incluso incursionó en la taxidermia cuando en 1886 fue contratada en la Escuela Normal de Profesoras de la ciudad de México.

Un biografiado es el francés Mathieu de Fossey, personaje que me ha llamado la atención desde que lo encontré hace décadas en un documento donde se proponía a sí mismo para un premio que otorgaba al mejor maestro el presidente Antonio López de Santa Anna. Llegó a México con aires de hombre culto, dio clases en muchas partes de la República, escribió una gramática francesa y un libro sobre México que conocemos gracias a una edición del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Entre otros lugares recorridos, Fossey estuvo en Colima de 1849-1852. Terminó enemistado con la sociedad colimense, en parte por exigir un sueldo mucho mayor que el pagado a los maestros locales, razón parcial de su breve estancia. Hombre rubicundo de 1.92 m de estatura, ha de haber desentonado con la población local.

El origen colimense de Gregorio Torres Quintero hacía obligatorio incluirlo en este libro. Se ha hecho un rescate de sus obras impresas y un análisis de su influencia en la educación nacional. A Torres Quintero le debemos el impulso a la higiene escolar —algo tan sencillo como hacer pupitres individuales para los alumnos en vez de sentarlos juntos, fuera cual fuera su tamaño, en largos e incómodos bancos frente a una mesa que podría medir cuatro o cinco metros de largo. Propuso que hubiera material didáctico para cada alumno, que realizaran excursiones (porque reconocía que los viajes ilustran, aunque sea a una fábrica del vecindario), que se construyeran edificios específicamente para escuelas en vez de rentar casas y tratar de acomodarlas a las necesidades escolares.

Emprendió la guerra contra los textos escolares, acusando a los maestros que los empleaban de indolentes, descuidados, rutinarios y poco amantes de su trabajo, para en seguida redactar y publicar gran cantidad de libros de texto. Sus libros se destinaban a los maestros “dadores” de lecciones, no a los tomadores de lecciones que exigían aprenderlos de memoria y repetirlos como perico. Torres Quintero era el gran artífice de la educación cívica. Propuso, igual que el suizo Enrique Rebsamen, fomentar la conciencia cívica y política del pueblo, el orgullo por lo mexicano, el conocimiento de la historia patria. Tuvo un impacto tal que generaciones de mexicanos aprendieron la historia de su país en los libros de este maestro, donde los hechos gloriosos y los héroes fueron las piedras angulares del sentimiento patriótico. Desde luego que se le recuerda también por el método onomatopéyico, que se emplea hasta la fecha.

Seguir el desarrollo profesional de Torres Quintero y de un maestro católico como Jesús Ursúa plantea un problema que no se vio en el libro, pero que obviamente tuvo mucho que ver con la historia posterior de Colima. El primero era completamente secular; quería “emancipar las conciencias”. Era un hombre que separaba el sentimiento religioso de la educación, que debía ser laica. Aprovechó su presencia en Colima en la década de los 1890 para suprimir de la educación pública los remanentes del catolicismo que todavía permeaban la vida social. Apenas unos quince años después, el padre Jesús Ursúa estableció una escuela superior con un fuerte sabor clerical para mujeres cuya preparación como madres católicas y portadoras de la moral católica era la tarea esencial; las encaminaba a “entregarse a la fe”. El antagonismo entre estas dos visiones del mundo no podría ser más palpable. No es una coincidencia que la Cristiada se peleó con extraordinaria violencia justamente en Colima. La sociedad colimense heredó dos sistemas de valores incompatibles, enseñados en las escuelas, que fueron el origen de conflictos sangrientos.

La vida de Jesús Ursúa, ubicada dentro de su contexto familiar e histórico por la buena pluma de Acuña Cepeda, tiene interés mucho más allá de los simples datos de su participación en el proceso educativo. Su madre fue una mujer excepcional. Tal vez no fuera raro en aquel entonces tener catorce embarazos y trece niños sobrevivientes, o dedicar media docena de ellos a la vida religiosa (tres sacerdotes y tres monjas), o tener un tío paterno fraile (el texto dice equivocadamente “monje”) mercedario e igual número de hermanos sacerdotes (tres) y hermanas monjas (tres). El conjunto sugiere que Petra fue una madre de mucho carácter. La fotografía de ella, delgada, seria, de trenzas y chal que le cubre un hombro, de boca cerrada con decisión, hace pensar en una voluntad férrea. Sin duda la fotografía fue tomada antes de que ella tuviera tanta familia. Llama la atención la influencia que seguramente tuvo en su hijo Jesús, que decidió dedicar sus esfuerzos, después de cumplir con sus obligaciones como sacerdote y maestro en el seminario diocesano, a establecer un colegio de educación superior para mujeres. ¿Acaso habría imaginado lo que podía haber hecho su madre, de haber tenido acceso a la educación superior? ¿Fue un homenaje a ella?

Uno de los logros del texto de Acuña Cepeda es haber rescatado la importancia del seminario. Estas instituciones no sólo educaban a los jóvenes con vocación religiosa. Fueron la única opción de educación secundaria y superior en las localidades que no tenían colegios, institutos o universidades. Los padres de familia sin recursos para enviar a sus hijos a Guadalajara, el centro universitario más cercano a Colima, tenían a la mano el seminario. Allí se formaba a los futuros abogados, políticos, periodistas y literatos. No fue sino hasta el siglo xx cuando sólo se dio el acceso a los seminarios a los jóvenes destinados a la carrera eclesiástica. Reconocer la influencia que tuvieron los seminarios en el siglo xix permite recobrar una visión más equilibrada de la educación en México, que no por ser confesional tuvo menos importancia en la

educación de los profesionistas, sobre todo en provincia. Jesús Ursúa dio clases en el seminario de Colima durante 25 años.

En cuanto a los aspectos formales del libro, a María de los Ángeles le debemos la introducción y seis capítulos, de autoría única o compartida. Alberto Paul Ceja Mendoza, Marco Antonio Navarro Chávez, Julia Preciado Zamora, Nora Patricia Ríos de la Mora y Mirtea Elizabeth Acuña Cepeda, ella con dos capítulos, completan este recorrido, que abarca un par de siglos. Hay seis secciones, por no decir capítulos, que hablan de distintos temas administrativos u organizacionales, y cinco dedicadas a maestros y maestras individuales, o sea casi mitad y mitad. Se logró un buen equilibrio entre hechos y personas, entre educación laica y religiosa. El rescate de la participación en la educación colimense de los seis maestros estudiados da una idea de la importancia del esfuerzo individual; la pobreza, el clima, la falta de infraestructura o de tradición cultural no fueron obstáculos invencibles. Al contrario, las influencias alemana y francesa, el impacto de la educación informal, el empuje económico de la zona y la presencia de hombres y mujeres de gran valentía, entusiasmo y energías, hicieron de Colima una luminaria en el firmamento educativo del país, sobre todo durante el porfiriato.

Dos aspectos de este libro sobresalen por su importancia. El primero es el empleo de fuentes primarias. No hay como tener un archivo recién organizado a la mano. Los autores han sacado el máximo provecho de los archivos de Colima, tanto para documentar detalles de escuelas, alumnos, maestros y materias, como para analizar cómo las leyes nacionales afectaron la vida escolar regional. Los historiadores son verdaderos detectives privados, capaces de encontrar los hilos ocultos o los pequeños indicios en lugares inesperados. Un ejemplo es el testamento de un Juan de Benavides, dictado a principios de 1536, fecha muy temprana, donde reconoce que debía un peso oro al maestro de lectura de su hijo. Este documento del Archivo Histórico del Municipio de



Colima nos dice que había familias y un maestro que las atendiera, que algunas tuvieron recursos suficientes para contratar los servicios privados de un hombre dedicado a la enseñanza y que, a la vez, no quisieron o no pudieron mantener su sueldo al corriente. Un peso oro posiblemente bastara para la enseñanza completa de la lectura, a menos que fuera el niño de lento aprendizaje. ¿Por qué el padre de familia no pagaba al maestro por semana o por mes? ¿Por qué éste no se fue a otra parte? Y Benavides ¿sólo tuvo un hijo, o tuvo varios y no se preocupó por los demás? Preguntas imposibles de contestar, pero sugerentes para la vida colimense de hace tantos siglos. Ésta es sólo una muestra de la riqueza documental de los archivos de Colima, que para el siglo XIX permiten saber en dónde había escuelas, qué problemas enfrentaban, qué enseñaban, quiénes eran los maestros, cuántos alumnos había. Falta decir que estos archivos son oficiales y la documentación resguardada en ellos son informes y correspondencia entre funcionarios, de modo que el historiador necesita utilizar su información con las precauciones acostumbradas. Ante la ausencia de otra documentación es forzoso armar el rompecabezas con los datos disponibles, sea cual sea su procedencia.

Varios archivos proveyeron de datos a los investigadores de este libro. Hoy día no se nos ocurriría buscar en el Archivo Histórico de la Procuraduría de Justicia la información sobre los exámenes escolares en el estado, pero allí es donde se encuentra. Tanto archivos eclesiásticos, incluyendo el Parroquial de Colima, como del ramo ejecutivo del gobierno, el General del Estado, aportaron pistas a la investigación. Se vieron archivos en Colima, en la ciudad de México, en Guadalajara y en Morelia. El lector agradece que se dé en las notas la localización de los periódicos utilizados en el trabajo. Por otro lado, tal vez es difícil que el no iniciado en estos misterios supiera el título del libro apuntado en las notas a pie de página únicamente como Dublán y Lozano, sin su correspondiente entrada en la bibliografía (se refiere

a Manuel Dublán y José María Lozano y su famosa *Legislación mexicana*).

No hay libro que no tenga alguna dificultad y éste no es la excepción. Tiene dos tipos de problemas, como si fueran enfermedades: una grave y una crónica. Quisiera hacer una llamada de atención al departamento editorial de la Universidad de Colima. A pesar del cuidado de la edición y de la corrección de estilo, hay unos errores garrafales, como convertir pesos, reales y tomines equivocadamente y apuntar una cifra estratosférica para el pago a “los aplicadores de exámenes”, o sea los vocales, de 17 606 pesos, cuando las autoridades destinaron diez pesos para los músicos y otros gastos menores para imprimir las invitaciones. En general, el trabajo de los vocales era gratuito, así que no se entiende tampoco a qué estaba destinado tanto dinero. Los errores crónicos son de redacción. El libro le hace a uno creer que pasaron de moda los punto y seguidos. Párrafos enteros tratan de hilvanar, indebidamente, las ideas que están agrupadas alrededor de un tema común, pero que según todas las reglas de sintaxis, deberían estar divididas en oraciones gramaticales. El libro hubiera ganado mucho con una buena corrección de estilo, con el fin de elevarlo de la categoría de contribución importante a nuestro conocimiento sobre la historia regional de la educación a la de joya libresca.

Los investigadores presentes en este esfuerzo común son de excelente formación o en vías de adquirirla; el material de archivo es de primera y haberlo rescatado y hecho accesible al público lector es un gran acierto. Las ilustraciones y fotografías, algunas de colecciones privadas, enriquecen esta historia. Se felicita a la Universidad de Colima por haber publicado la obra. Los detalles cuentan y un acierto, para los amantes del libro, es haber agregado al colofón el nombre de la familia de tipo empleado en la imprenta, el tamaño de la caja, el tipo de papel. En el libro está descrita, entre líneas, la vida de Colima en los siglos XIX-XX. Hay fracasos, elecciones gubernamentales perdidas, exilios, despidos, epidemias

y muertes, pero también están las historias de individuos cuya existencia fue enriquecida por las letras y por la música. Aquí se encuentran los testimonios de la cultura colimense y de los elementos que ayudaron a sus pobladores a comprender y disfrutar de la vida, que al fin y al cabo es el significado de la educación.

Anne Staples

*El Colegio de México*

EDUARDO BLANQUEL, *Ricardo Flores Magón y la Revolución mexicana, y otros ensayos*, prólogo, selección y edición de Josefina Mac Gregor, México, El Colegio de México, 2008, 173 pp. ISBN 69789681213404

La publicación del libro de Eduardo Blanquel, *Ricardo Flores Magón y la Revolución mexicana, y otros ensayos*, es un acto que se asume desde su origen como tardío, ya que era una asignatura pendiente de una comunidad, la de los historiadores formados en la Facultad de Filosofía y Letras a lo largo de varias generaciones que transitaron por las aulas entre los años sesenta y ochenta.

Este pendiente sólo pudo ser posible por el carácter obstinado de Josefina MacGregor; el esfuerzo implicaba sumar voluntades y trabajo. Había que emprender la tarea de seleccionar, editar y prologar. Este esfuerzo no hubiera sido fructífero sin el apoyo de El Colegio de México y de quien dirige esta institución, Javier Garciadiego.

En el prólogo, Josefina MacGregor nos hace saber los vínculos de Blanquel con esta institución y la relación que guardó con Daniel Cosío Villegas. Esta información nos permite ubicar el lugar social de enunciación del Flores Magón de Blanquel. Su investigación no era un trabajo de tesis aislado, era parte de un proyecto colectivo e institucional: la *Historia Moderna de México*, cuyo primer tomo data de 1955, y el de la *Historia de la Revolución Mexicana*.